

Poemas Breves por Jorge Gustavo Silva

SEGURAMENTE, Jorge Gustavo Silva no será admitido en las capillas artísticas donde actualmente los genios del futuro elaboran los monumentos literarios de un mañana más o menos remoto, con retazos de las más viejas ocurrencias humanas. Sin embargo, el autor de estos «Poemas Breves» es moderno, porque liberado de toda imposición de círculo escribe sobre lo que le interesa y en la forma que más le acomoda, sin necesidad de renunciar para ello a la inteligencia. Cree que el verso es esencialmente rítmico; y usa, sin temores, el verso rítmico, no obstante que los poetas actuales escriben en prosa y sólo conservan, por rutina deplorable, la forma tipográfica del verso. Cree que el lenguaje es un conjunto de signos convencionales para designar las cosas y comunicar las impresiones que ellas nos producen; y escribe en el idioma corriente, exponiéndose a que le entiendan los hombres de hoy, lo cual no es precisamente el ideal de las escuelas más avanzadas. Piensa que el mérito artístico y el talento no están en pertenecer al grupo tal o al grupo cual, sino que poseer una sensibilidad y vaciarla en el molde infinitamente movable de las imágenes; por eso, desentendiéndose de usar los trajes que podrían darle los pasajeros atractivos de la moda, se esmera en encontrar la expresión sencilla y clara en la que ha de poner la sonora vibración de su espíritu.

Durante muchos años, contuvo Jorge Gustavo Silva las tendencias de su espíritu soñador. Por herencia, en una familia de intelectuales y artistas, tenía en lo subconsciente el poderoso fermento del ensueño. Pero el autor de «Poemas Breves» pare-

cía temer el que se le tuviera por un hombre de sensibilidad. Nacido en una época en que abundan los éxitos de los llamados «hombres prácticos» quiso también ser—tal vez para imponerse una humillación voluntaria—esa cosa sin espíritu y sin iniciativas creadoras que se denomina un hombre práctico. Sin duda, el hombre práctico lucra; pero él no ha producido las ideas que le permiten su ganancia y no podría producirlas; el hombre práctico no piensa, o piensa lo menos posible; otros, los llamados idealistas o ensoñadores, ya pensaron por él y le dieron la posibilidad de hacer su riqueza. Mas el hombre práctico cuando ve el oro en su mano tiene la ilusión de que es él quien lo ha creado. ¡Tiene una ilusión! No se la quitemos porque por ser capaz de sentir una ilusión merece el título de hombre. Jorge Gustavo Silva no pudo ser un hombre práctico: es decir, no pudo acallar la inquietud creadora de su espíritu. Durante ese tiempo, una grave neurosis puso en su espíritu angustias mortales y desalientos infinitos. ¿Se debió su mal a la violencia que debía hacerse a cada momento para volver a hundir en lo inconsciente el continuo afloramiento de sus ensueños? Acaso el poeta tocó la verdadera raíz de su mal cuando dijo: «soy un contemplativo macerado en el yunque de la acción».

En la primera parte de «Poemas Breves», denominada «Elegías íntimas», se revela el doloroso proceso de su dolencia desesperante. La astenia abate su organismo, rompiendo su voluntad e inmovilizándole en la inacción. En vano, como se ve en «Astenia», pág. 29, se pone ante los ojos del poeta el magnífico esplendor de la Naturaleza, con sus cielos azules y sus campos floridos; en vano desfilan a su vista los regimientos envueltos en el brillo de las músicas marciales, bajo los recios cascos empenachados, resonantes de medallas los pechos enhiestos y al aire la gloria multicolor de las banderas; en vano una orquesta derrama en el ambiente dorado de luces la sensualidad de una danza moderna y las parejas se agitan febrilmente entre el ensueño de los perfumes y el brillar misterioso de los ojos y de las joyas. A todas esas sollicitaciones, el poeta sólo tiene fuerza para responder con fatiga: «no puedo; no puedo». Igual

sensación de hastío y laxitud revela «Heroico Saludar», composición en la que puede apreciarse el punto a que llega el deseo de inercia en el paciente cuando hasta el simple hecho de tener que saludar en la calle le parece un acto heroico, que exige energías especiales. En «Tren en la noche» asistimos a uno de esos pavorosos insomnios afebrados en que la conciencia y los sentidos flotan en un semi sueño que deforma y agranda los ruidos y los contornos de las cosas. En la alta noche, el rumor multiforme del tren—que según Víctor Juan Guillot, «lleva cautiva una tormenta debajo de los coches»—y el ladrar agitado de los perros, sorprendidos en su reposo nocturno, hacen decir al poeta, con admirable acierto: «prosigue el tren la marcha como si fuera escapando de la furia de los perros que ladran».

Sin duda alguna, es una tarea difícilísima el fijar en imágenes estados espirituales negativos como los que provoca la as-tenia. Desde luego no pueden ser trasladados inmediatamente, pues bajo la garra de la enfermedad lo que se desea con mayor vehemencia es no tener actividad alguna, a causa de la fatiga que trae cualquier esfuerzo por pequeño que parezca. La memoria misma no se halla en situación de recordar puntualmente las posibles asociaciones de ideas que pudo tener el paciente en un momento determinado, pues se encuentra también afectada por la pérdida de fuerza. Tampoco la enfermedad se caracteriza por un estado de hiperideación que pudiera facilitar y dar un desarrollo especial a esas posibles asociaciones; por lo contrario la referida dolencia es constituida por la pérdida de la energía orgánica en todas sus formas. El poeta necesita hacer, por tanto, un esfuerzo verdaderamente considerable para dar vida a aquellos estados que se caracterizan precisamente por una disminución de la vida. Esta dificultad es ya bastante para malograr los empeños de quien no posea una sensibilidad capaz de registrar escrupulosamente hasta los más leves movimientos sensibles; y debe añadirse todavía la que resulta de la natural resistencia que presenta un hecho anormal o patológico para ser claramente entendido e interpretado desde el punto de vista de una conciencia ya normalizada, Jorge Gustavo Silva ha logrado supe-

rar esos obstáculos, alcanzando su objeto sin alarde de complicaciones ni rebuscamientos. Tan sencillo en su forma que quienes están acostumbrados a sentirse tocados únicamente por aquello que se presenta de un modo llamativo y artificioso pasarán sin sentir por sobre la emoción que corre silenciosamente bajo la imperturbable serenidad del verso.

La vida moderna complicada y múltiple, ruidosa e inquieta, mecanizada y comercial repercute también el espíritu sonoro del poeta. «El Avión» y «La ciudad luminosa» dicen su preocupación por la actividad y el progreso modernos. Su verso despliega allí las más brillantes galas de su melodía; y la palabra corre fluida y flexible tras los caprichos de la fantasía.

Por último, todavía el poeta nos descubre un nuevo aspecto de su sensibilidad en las estrofas que agrupa bajo el poético rubro «La glorietta de los madrigales». Nada hay más peligroso que el escribir galanterías, entre otras razones, por la facilidad y sencillez con que se puede llegar a lo ridículo absoluto. La mayor parte de las veces sería mejor no dejar constancia escrita de las ocurrencias que se han tenido bajo el influjo de agentes perturbadores; y que se crearon para decirlas en voz baja y olvidarlas lo más rápidamente que se pueda. Sin embargo de estos numerosos peligros, Jorge Gustavo Silva ha esquivado hábilmente las dificultades, sujetando en versos ágiles y frescos el leve temblor de una sonrisa o el imperceptible destello de unos ojos detrás de un abanico perfumado.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.